

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses	9 rs.
Seis id	16 .
Un año	30 .

PROVINCIAS.

Tres meses	10 rs.
Seis id	18 .
Un año	34 .

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses	22 rs.
Seis id	38 .
Un año	74 .

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASCABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.

Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses	38 rs.
Un año	70 .

FILIPINAS.

Seis meses	60 rs.
Un año	110 .

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIODICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

REVISTA DE MADRID.

La política duerme, pero su sueño no es el apacible sueño de la inocencia, ni el tranquilo del justo, sino el sueño inquieto de la ambición, de la soberbia y de otras muchas cosas á cual peor, que no se escaparán á la penetración de VV.

Si los políticos tuvieran conciencia, su sueño sería horrible, porque no hay un país en el que los que se han dedicado á la política hayan hecho más daño que en este que nos vio nacer, y que nos verá morir de hambre ó de pena.

Pero vayan VV. á escudriñar la conciencia de un político.

Es un cuarto desalquilado.

Muchos hay que no solo tienen desalquilado ese cuarto, sino que tienen otros dos en el mismo estado: el corazón y la cabeza.

El estómago es el cuarto que tienen alquilado siempre.

Afortunadamente, VV. se van desengañando ya, y la política que aquí se estila no inspira á la mayoría de las gentes mucha consideración que digamos.

Antes, ¿quién no tenía ilusiones en política?...

Hoy, ¿quién las tiene?...

La experiencia es mucha cosa; el tiempo es gran maestro, y aquella y éste nos han enseñado que la política es, como dijo un poeta, un fandango, y el que no lo baila un infeliz, con el que se divierten los que bailan, y que no se divierte jamás viendo el baile.

En España reina, y esto no lo negará nadie, la mayor indiferencia respecto de la política.

Este será un mal; pero ¿quienes son los autores de este mal?...

Parece imposible, pero no son mas que unas cuantas docenas de sujetos, que han hecho de todo mangas y capirotos, y que viven haciendo politiquilla como quien hace buñuelos, vamos á decir.

Y no me refiero á los de un partido solo, sino á los de todos los partidos, partidas y fracciones de partido.

Así es, que todo el mundo, desesperado ya de hallar remedio, se encoge de hombros, y adelante con los faroles.

Me parece que con esto no ofendo á nadie. Digo únicamente mi sentir, sin segunda intención ni cosa que se le parezca.

Por ahí oigo hablar de coalición, de conciliación, de unión, de Bolsas que se abren, de Bolsas que siguen cerradas, de conspiración descubierta, de soborno, de reformas en esto y en lo otro, del estado próspero del país, según unos, del estado lastimoso del mismo, según otros, y lo que deduzco de todo, es que estamos frescos, aunque hace tanto calor.

Por lo demás, en Madrid no ocurre novedad.

Los domingos hay toros, y si no hay toros, hay torretes, que para el caso es lo mismo.

El cartel de la corrida última anunciaba que se habían rebajado los precios al alcance de todas las fortunas.

Los precios eran 1, 2 y 4 rs. Conque díganme VV. qué idea tendrá el empresario de los torretes, y formará el que lea el cartel, de las fortunas de que podemos disponer.

Ya en otra reciente corrida de toros se anunció que se rebajaban los precios, en atención á haber mucha gente trabajadora sin trabajo.

De manera, que el que redactó aquel cartel suponía que un hombre puede estar sin trabajo, pero sin toros, ¡ó!

Me parece bien.

Y á propósito de trabajo: ¿cuán lo hay algunas buenas almas que emprendan la construcción de casas para gente pobre?...

Los barrios de Pozas, Recoletos y Salamanca, no corresponden á ese objeto. Las casas que se han hecho en estos barrios no sirven para pobres, porque son caras; únicamente podrían servir para la clase media, que no quiere ir á vivir á esos barrios, y para la clase rica, que tampoco va.

Lastima da ver en Recoletos tantos cuartos desalquilados, y también hay no pocos en el barrio de Pozas.

Si fueran casas para pobres, hoy estarían todas llenas, los dueños hubiesen empleado menos capital, y les produciría mas, y se hubiera hecho un grandísimo servicio á la clase trabajadora, que tiene que vivir en miserables tugurios, en barrios sucios y malos, y así sufre tanto esa clase tan digna de consideración cuando viene sobre Madrid una peste.

Feízmente no viene ahora, según todas las señales. Pero puede venir otro año.

La construcción de casas de buenas condiciones para los jornaleros, es una buena obra y un buen negocio.

Con dinero, la clase rica halla todas las casas que quiera, con todas las comodidades que apetezca; la clase media, gracias á la rebaja que han tenido que hacer los propietarios, se coloca también; pero la única clase que mas necesita economía, es la que mas difícilmente y con peores condiciones puede encontrar vivienda.

Si hay por ahí quien me quiera dar diez mil onces ó cosa así, hipotecándole yo en garantía la era del Mico, que no se de quien es, me pougo á hacer casas para pobres pasado mañana, y al dueño del dinero le aseguro una buena renta, y de ahí me dará lo que sea razon.

Por supuesto que estamos ya en Madrid sin buen tono, porque el buen tono se ha ido á echarse en remojo.

Ya habrán VV. observado que el mundo elegante, el mundo político y el mundo aristocrático, estan compuestos de personas que tienen mas lacras y alifafes que todo el mundo, porque á esos mundos pertenece la gran mayoría de las gentes que van á tomar aguas sulfurosas, ferruginosas, termales, salinas, carbónicas, purgantes, etc., etc.

Este es un fenómeno del que ya nos debieran haber dicho algo las Academias científicas, que tienen la costumbre de callarse muy buenas cosas, cuando se trata de cuestiones de gran importancia.

Pues sí, señores. San Sebastian está lleno, no hay un cuarto en ninguna fonda, Castro-urdiales lleno, Alzola rebosando, Eborrio lleno de uerpes, Aguas-buenas poblado de gente mala, en Panticosa se estan recomponiendo los pulmones de mediomundo, en Caldas de Bessaya hay una concurrencia espantosa, no vayan VV. á creer que digo espantosa porque sea fea la concurrencia, en la fuda no se diga, y todos los peces de nuestros puertos y de Biarritz están divertidísimos, viendo á las señoras mayores, medianas y menores, y á los políticos, banqueros y empleados que en traje de confianza van todos los días al agua, unos á tomar carnes, otros á dejarlas, aquí la ve si algun pez se le come un tumor que tiene en una pantorrilla, este á ver si á su mujer se le abre el apetito, el otro á ver si se le cierra una boca que tiene en la espalda y que no le sirve de nada, y todos á divertirse y á darse tono y á descansar de no haber hecho nada en todo el invierno.

¡Y no hay dinero, sin embargo!

Si lo hubiera, sería cosa de que en Madrid no quedarían en el verano mas que los soldados y las criadas.

Pronto va á salir otro tren de recreo para París. ¡Bonito recreo! Con el calor que traigan de allá los viajeros, vamos á estar caldeados todo el invierno.

Y por hoy no tengo otra cosa que decir á VV. sino expresarles mi deseo de que sigan sin novedad en compañía de aquellas personas de su mayor estimación.

Cuidado con el relente y el resistero.

¿Qué demonios de etimología tendrá el resistero?...

COSTUMBRES DE MADRID.

EL PATIO DE UNA CASA DE VECINDAD.

(Conclusion.)

En aquel momento entraba Micaela en el patio, seguida de Pepita.

—¿La debe á usted algo esa persona y esa peluquería? exclamó encarándose con la peinadora.

—A mí, nada, y si algo me debieran, ya me lo sabría cobrar.

—¿Está usted en su juicio, criatura? No habrá ninguna necesidad de que usted se adelantara, porque esas personas tienen muy buenas pagas.

—¿Y quién te da á ti vela para este entierro?

—A mí, nadie; pero yo me la tomo.

—¿Sabes lo que te digo, Micaela? ¡que lo que tú eres, eres muy provocora!

—Tiene razon la Meregilda, dijo desde el corredor la llamada señá Melchora. Si contigo no iba nada, ¿á qué te metes?

—Porque puedo y quiero, ¿está usted? contestó Micaela colocándose en medio del patio.

—No choques, Micaela, no choques; ya sabes que con nosotras no valen las tremendas, y mira que puede haber alguna que no las aguante.

—¿Caballamente quisid yo saber quién es esa sugeta! Que salga la que sea; ¡pero qué ha de salir! Pues si el miedo que vosotras me tenis le vendiais al peso, por poco que os pagaran la arroba, os haciais poderosas en poco tiempo.

—¿Yo qué tengo que tenerte á ti miedo? dijo una de ellas adelantándose.

—No te comprometas, Juana, dijo la peinadora interponiéndose.

—Vete, Micaela, añadió otra.

—¡No seas provocativa! repusieron algunas.

—¡Comprometeora! exclamaron todas á una voz.

—¡Ea! ¡va, va! exclamó Micaela terciándose el pañuelo: bien hablao está lo que yo he hablao. ¡Y á la que la escueza, que sufra!.. y la que sea mujer, que se eche fuera.

—¡No vayas, Juana!

—¿Pues no he de ir?

—¿Que te vas á comprometer!

—¡Déjame á mí!

—¡Escandalosa!

—¡Deslenguada!

—¡Provocora!

—¡Chismosa!

—¿Quién ustedes hacer el favor de ir á escandalizar á otra parte?

—Que se dé aviso al ispetor y que las haga cayar.

—Con estas mujeres no se puede hacer nada de provecho en esta casa.

—Pues puede que yo las espavile.

Estas frases fueron pronunciadas simultáneamente por unos hombres que aparecieron en la puerta de una de las habitaciones de la planta baja, y este nuevo incidente vino á templar la cólera de las vecinas, que desde aquel momento, y como si nada hubiera acontecido entre ellas, comenzaron á dar á su enojo distinta dirección.

—¿Se puede saberse con qué autoridad se meten ustedes en este asunto? exclamó la peinadora.
 —¿Qué tienen ustedes que ver con nosotras? añadió Micaela.
 —El demonio de los hombres!
 —Pues di tú que esto es lo grande!
 —Tienen razón los hombres, gritó la señora Melchora siempre desde el corredor. Egos están en su casa ensayando su orquesta, y con esa algarabía que vosotras armáis, no podrán entenderse.
 —Como que ni siquiera se pueden templar los instrumentos, dijo uno de los hombres.
 —¡Ay qué lástima de instrumentos! Pues por los instrumentos dichosos, tendrá una que privarse de decir las razones que necesite.
 —Que se vayan a la Pradera de Guardias, que aquí no les incomodará nadie.
 —U que alquilen el salón de conciertos de los Campos Elísios.
 —U que se aguanten por la güena.
 —Bien dicho.
 —Es claro.
 —Y naa demás.
 —¿Cuánto va a que todavía salen ustedes pitando de este patio? dijo uno de los hombres, avanzando con actitud amenazadora.
 —Eso sería güeno si no hubiéra quien salía por eya; contestó Madruga adelantándose, seguido de Chepa y el torero.
 —Ya me está á mí gustando esto, dijo uno de los de la orquesta, haciendo exageradas contorsiones con el cuerpo.
 —¿Le gusta á V? preguntó Chepa. Pues eso se yama tener un gusto delicado. —¿Quié usté venir á tomarse una copita conmigo?
 —Yo no tengo que ir con usté á ninguna parte.
 —¿Me tiene usté miedo?
 —¿Lo decía usté por alguna cosa?
 —Hombre yo lo decía al tanto de que no se metía usté á alternar con los hombres, si es que no puede.
 —Usté viene faltando, amigo.
 —Alguna facultá tendré para eyo.
 —Lo que usté tiene es... lo que yo sé.
 —¡Chist! El hombre que se va de la lengua, no es hombre de mérito, dijo Madruga en tono sentencioso.
 —Eso está bien hablar, repuso uno de los de la orquesta.
 —¿Y por qué vienen faltando? objetó su compañero.
 —Mucho diquindoí (1), continuó el de la orquesta sujetando por el brazo á su compañero. Echate atrás, que Madruga no viene esta noche de vacío.
 Madruga había llevado dos ó tres veces la mano derecha al bolsillo del pecho de la chaqueta.
 Cuando los de la orquesta observaron este movimiento, se agitaron todos en distintas direcciones.
 —¿Quién tiene un palo? ¿Dónde hay un palo? ¡Dar-me un palo! exclamó uno de ellos, haciendo todo género de mohines y contorsiones con el cuerpo.
 —¡Ea! ¡Vaya! ¡Esto ya se acabó! dijo Madruga precipitándose sobre el hombre que pedía el palo.
 Los de la orquesta se interpusieron, y consiguieron rechazar á Madruga.
 Chepa y el torero vinieron en ayuda de Madruga.
 Las mujeres comenzaron á dar carreras por el patio, gritando en todos los tonos:
 —¡Socorro! ¡Que se matan! ¡Vecinos! ¡Vecinos!
 —¡Silencio! ¡No hay que escandalizar! exclamaban los hombres buscándose unos á otros sin acabarse de encontrar nunca.
 Un caballero que pasaba á la sazón por la calle, cometió la imprudencia de acudir en socorro de los que mandaban auxilio, y apareciendo de pronto en la puerta que daba entrada al patio, exclamó enarbolando el bastón como para imponer orden y hacerse oír:
 —¿Qué es esto, señores? ¿Qué es lo que pasa aquí?
 —¿Por qué maltratan VV. á esas mujeres?
 —¿Y á V. qué le importa?
 —¿Y quién es V. para venir aquí de muto propio?
 —Pues no gasta el hombre fantesía!
 —Ese hombre no sabe en dónde se mete.
 —¿Y por qué se mete?
 —Echarle fuera.
 —Que se le espante de aquí.
 —Que se le dé un castigante.
 —Con valiente sombrero se descuelga el hombre.
 —Si ese sombrero paece una casa deshábíta.
 —Ese sombrero debe ser conocido en Madrid.
 —¡Los hombres en el mundo!...
 —Viva su gracia.
 —¡Ay! ¡qué cabayero!
 —Es un lila.
 —Un desgraciao.
 —Se le ha quiyao el juicio.
 —¡Echarle de aquí! ¡Afuera! ¡Afuera!
 Y todos se unieron contra el inadvertido señor, que salió huyendo sin volver siquiera la vista atrás, mientras decía entre sí: —Me está muy bien empleado, y si me hubieran dado un golpe, también lo hubiera merecido. ¿Quién me mete á mí á desfacedor de entuertos!
 En aquel momento entraba en el patio el inspector del barrio, acompañado de una pareja de civiles.
 —¿Qué alboroto es este?
 —No es nada, señor inspector, dijo Madruga saludando al inspector con la gorra en la mano.
 —¿Pero quién ha causado esta alarma?
 —Ninguno, señor inspector, dijo la peinadora. No ha sido más, sino que esta vecina, y designó á Micaela, ha tenido que decirme dos razones, y yo también á eya, y nos las hemos dicho amigablemente... y naa más.
 —¿No es verdad, Micaela?
 —Es verdad.

—Verdá es, dijeron á una voz todas las mujeres.
 —¿Y VV? continuó el inspector dirigiéndose á los hombres. ¿Por qué reñían VV?
 —Si nosotros no reñíamos; ¿no es verdad, compañeros?
 —Verdá.
 —Sino que estábamos aquí pasando el rato a nuestro modo, y sin faltar á nadie, porque esta noche vamos á bajar todos juntos á la verbena en paz y en gracia de Dios, y como está puesto en el orden, ¿no es verdad, usté?
 —Corriente; pero cuidado con que vuelvan VV. á dar escándalos en el barrio. Diviértanse esta noche, pero háganlo con juicio y compostura.
 —Pierda usté cuidado señor inspector. Demasiado conoce usté la clase de gente que somos, y con nombrarlos solamente no hay más que decir. Miste, los que vamos de verbena, somos el Sordo y Pocapena, y Aninilas y la Juana é Dios, y el Sastre, y Maltrabaja, y Madruga, y la hija de la Corza, y el Chepa, y la Meregilda, y la madre de la Amonestía y mi persona, y yevamos guitarras y bandurrias, que las tocan... ¡pero cómo! ¡sabiendo! Y bajaremos al Prado, porque yevamos una bota de sangría, hecha por el tío Sorbitos, y...
 —Bueno, bueno, basta ya. Cuidado con que tenga yo que volver aquí.
 —Pierda usté cuidado.
 —Yaya usté con Dios.

El inspector volvió á salir seguido de la pareja de civiles.
 —Lo que es lo que dice el inspector, está muy en el orden, dijo Madruga. Conque cabayeros, ¿se acabó la bronca?
 —Por mí aquí no ha pasado naa, dijeron los de la orquesta.
 —Y por mí, estamos del otro lao, añadieron Chepa y el torero.
 Las mujeres siguieron el ejemplo de los hombres.
 El maestro barbero tuvo aquella misma noche una explicación con el padre de Pepita, y quedó concertada la boda.
 Chepa, que no miraba de muy buena gana al barbero, porque creía que galanteaba á Micaela, de quien él se hallaba enamorado, salió de su error cuando supo que se casaba con Pepita.
 Dos horas despues bajaban todos á la verbena. Los hombres marchaban formando dos filas al compás de las guitarras y bandurrias. Las mujeres, iban detras cogidas del brazo, y unos y otros iban en santa paz y perfecta armonía.

EL CORAZON.

Mi pluma acaba de darme un disgusto de segunda clase, porque ha escrito un título comprometido. No puede darse un asunto mas sangriento. Pero ya esta dicho, ó por mejor decir, ¡está escrito! Tengo que hablar del corazon, lector de mi idem.
 Animo, pues, caico, vamos á echar un parrafó.
 ¿Le trataremos bien ó mal? ¿Con cariño de madre ó con cariño de suegra?
 Ni bien ni mal. —Quiero colocarme en el término medio, porque *in mediis consistit virtus* (¿decía V. algo?), y me alejo de los extremos, porque no me gusta tratar-me con viciosos, y ellos lo son.
 Permanecere neutral, eciectico, unionista, como si dijéramos...
 Me limitaré á decir los millones de insultos que se le han dirigido, y las muchas alabanzas que se le han prodigado.
 ¡Pobre corazon! ¡Siempre pagando el pato, cuando él no tiene la culpa de nada de lo que se le atribuye!
 Porque el corazon, dice la Historia natural, no es más que el centro del aparato circulatorio, una bolsa ó bolsillo de carne (lla némosle así), que se comprime y se dilata, y que no tiene otra ocupacion conocida que la de distribuir la sangre por el cuerpo humano, sin exigir ni una mítesima de escudo por su trabajo.
 Pues a pesar de todo, si un hombre es malo, su corazon tiene la culpa; si es bueno, todo el mérito es de su corazon.
 Esto no se puede aguantar.

Prescindiendo de esto, cada cual entiende el corazon a su manera.
 Hagamos la prueba si no. A ver: que me definan el corazon distintos tipos de la sociedad:

—El corazon es aquello que yo le pinto á Silvestra en todas las cartas que le escribo. Está atravesado por una flecha, y ya los voy haciendo regularmente. (Un cabo segundo.)
 —El corazon es lo que más se necesita para entrar en accion. (Un militar escamado.)
 —Corazon es lo que me falta para ir á desafiar á mi rival. (Un amante calabaceado.)
 —Mi corazon es un álbum de retratos. Todos mis amantes tienen en él grabado el palmito. (Una niña que ha tenido 30 novios.)
 —¿Dónde está corazon mio, que te busco y no te encuentro. (Una coqueta.)
 —El corazon! No sé qué facha tiene ese chiquillo. (Un materialista.)
 —Tengo ilusiones, creencias, sentimiento, corazon, en una palabra. (Un poeta tierno.)
 —El corazon es... nombre sustantivo comun. (Un maestro de escuela.)
 —El corazon es una casa que se abrasa muy á menu-

do, y cuyo fuego se apaga sin reclamar mi auxilio. (Un bombero.)
 —El corazon es lo mismo que uno de esos baules-mundos que yo hago, porque en él cogen centenares de ilusiones, esperanzas, desengaños, deseos, aspiraciones y otros excesos y muchos defectos. (Un guarnicionero.)
 —Cuanto más corazon se tiene, dicen que se siente más. Yo debo tener mucho corazon, porque no pueden VV. figurarse el sentimiento que tengo desde que estoy sin destino. (Un cesante pobre.)
 —Yo sí que puedo decir que tengo el corazon en la mano. (Un anatómico haciendo autopsias.)
 —En el supuesto de que es una desgracia tener corazon en este picaro mundo, el corazon puede decirse diciéndo que es una enfermedad latente. (Un desengañado.)
 El corazon es un relój que tiene cuerda para toda la vida. ¡Ay del dia en que se le acaba! (Un relojero.)

Basta, basta de definiciones. Todos estais suponiendo al corazon cualidades y defectos que no tiene, porque bien sabeis que no es mas que un pedazo de carne. Lo sabeis tan bien como yo, y sin embargo, no ce-sais un momento de insultarle, ó de remontarle al sétimo cielo.
 ¿Dudais de lo que os digo? Pues un poquito de atencion, y os convencereis.

Al corazon se le convierte en papel para imprimir á cada paso. Ejemplo:
 —Llevo siempre tu imágen impresa en mi corazon.

Sirve de piedra litográfica cuando se graban en él recuerdos impercederos.

Da noticias como La Correspondencia. Ejemplos:
 —¿No te dice nada tu corazon?
 —¡Me dice el corazon que no he de verte más!

Se le da el tratamiento de excelencia:
 —Fulano tiene un corazon excelente.

Habla con más franqueza que la lengua:
 —No quiero que me engañes: deja hablar á tu corazon, y sepa yo la verdad.

Otras veces es guia, ó cicerone, ó conductor, ó como VV. quieran.
 —¡Me dejo llevar demasiado de mi corazon!

Es prestamista, porque se le pide que preste su abrigo.

Hay quien se entretiene en hacerlo pedacitos y arrancarlo del pecho.

Y me divierto en arrancar del pecho mi propio corazon, pedazos hecho.
 (Espronceda.)

Se le insulta hasta el punto de convertirlo en metal:
 —Tienes un corazon metalizado.
 Y se le echan piropos como este:
 —«Cuando en tu empedernido y encanallado corazon.» (Lo Positivo.)

Se convierte en ceniza siempre que una mujer nos da un desengaño:
 —El fuego que ardía en mi corazon lo ha consumido, y ya solo quedan cenizas....

En campo, siempre que brota en él la flor de la esperanza.

En cementerio, cuando solo guarda el cadáver de un amor.

En corazon de piedra, cuando no se nos da lo que pedimos: de nieve, cuando la mujer á quien amamos es insensible.

En asesino, cuando mata una esperanza, y ladron, siempre que roba una ilusion querida.

¿Qué más? Un amigo mio ha llegado á comparar el corazon á una caja de colores, en un cantar que decía así:

Ayer vi pintar de negro los hierros de tu balcon; ¡braz que mojen los pinceles en mi propio corazon!

(R. MOLY DE BAÑOS.)

Pero me extenderia demasiado si quisiera decirlos todos los piropos que se le han dirigido.

Baste con lo dicho. El pobre corazon, sin embargo, siempre callado, mudo como un marmolillo, nunca se queja de lo que hacen con él, nunca protesta, ni poco ni mucho.

En verso y prosa se le ha muerto una porcion de veces, cuando él es el que nos da la vida; se le ha desgarrado sin compasion, como á una pieza de percalina; se le ha injuriado hasta el extremo de suponerle partidario de la diosa Terpsicore, siempre que se ha dicho «el corazon me salta de gozo, me buila en el pecho»; se le ha preferido á muchas casas de huéspedes porque, ¿quién no ha dicho: «qué feliz sería si pudiera vivir en tu corazon?... ¡Se le ha enviado mil veces á la novia.

(1) Mucho ojo, mucha vigilancia.

dentro de una carta, y se le ha llamado cándido, inocente, puro y estéril.

Esto y mucho más se ha dicho del corazón. Pero lo que no se ha dicho todavía, y por eso lo digo yo, es que pertenece á la clase de los corazones excelentes, buenos, bondadosos, etc., etc., por lo mismo que está sin gastar y nuevecito como si lo acabaras de hacer, el que conserva (y conservará *in eternum*) nuestro afectísimo amigo que os quiere de corazón,

RICARDO SEPÚLVEDA.

CASCABELES.

Se nos ha abierto la Bolsa en Londres. También aquí tiene cada cual su bolsa abierta, y sin un cuarto. Voy á ir á Londres á ver cómo me han abierto la Bolsa. Aquí ya sé cómo me la abren.

Algunos periódicos hablan de conciliación. ¡Callen VV., hombres! Si aquí no puede haber conciliación nunca. ¿Hay desinos gordos para todos? No. Pues entonces, guerra, guerra al infiel marroquí; no hay más que comerse unos á otros. Esto ha sido, es y será siempre.

La primera entrega de *Maria Magdalena* saldrá á luz en el mes de Agosto. Para esta obra escribirá acaso un prólogo el Ilmo. señor Doctor don José Puñilo y Espinosa.

Este nombre es una garantía de la bondad de la obra para la que escribe el prólogo.

El nombre del autor, *Antonio de Padua*, es un seudónimo, como habrá comprendido el lector.

Creemos que el público ha de dispensar la mejor acogida á esta novela, que se distingue notablemente de las que de continuo se publican, y cuyo objeto es únicamente entretener, y a veces no muy honestamente que digamos.

¡Hombre! cuándo se compone la parte quemada del Conservatorio? ¿Tanto dinero se necesita para eso?... Estoy por enviar yo dos albañiles á que lo arreglen.

Ponemos en concejimiento del ilustrado público, que el día primero de Agosto principia la recaudación de la contribución, con el recarguío del impuesto de que ya tenemos noticia.

Verdaderamente que todas son satisfacciones para nosotros.

Damos la enhorabuena á los redactores de *El Español* y *La Es-*

paña. Estamos á principios de mes, y ha sonado la hora de cobrar. Para nosotros no suena más que la de pagar.

Suprimida la imprenta nacional, deseamos saber entre cuántas imprentas particulares se reparten los trabajos de impresión que se necesitan en las diversas dependencias del Estado, aparte de la *Gaceta*, que ha salido á subasta.

Hablaremos de este asunto, que es de sumo interés para los

impresores tiempo há establecidos, y que tiempo há vienen contribuyendo puntualmente á los gastos del Estado.

He aquí un detalle del anuncio de un teatro abierto en uno de los puntos de baños más concurridos.

•El público tendrá la bondad de no traer al teatro niños que puedan molestar á los espectadores, y además son incapaces de apreciar el talento de los artistas.

Esto es sublimemente ridículo.

En su número del lunes pone *La Correspondencia* un aviso de funeral y dice:

•Don C. S. de T., falleció el día 29 de Julio de 1866!

Esto no tendría nada de particular si no pusiera debajo que los padres hermanos y demás parientes, ruegan encomienden á Dios al difunto.

Habiendo fallecido el hijo en 1866, ¿qué edad tendrán los padres?

Y puede que *La Correspondencia* haya cobrado 4 ó 5 duros por ese anuncio.

Dice la misma periódica en una carta de París:

•Ayer salió el tren extraordinario de recreo para los españoles.

¡Hombre! ¿qué recreo nos enviarán en ese tren? Avisen ustedes cuando llegue á Madrid para ir á ver si nos dan un poco de recreo.

El capitán D. E. F. Golfín, ha compuesto una *Aritmética abreviada*, escrita para las clases de tropa y Guardia civil, que en efecto, es muy útil y sencilla, y recomendamos á las citadas clases. Deben pedirse ejemplares á La Bisbit, imprenta de Torres.

Las brevas del Cid se van echando á perder. Las hay feroces, que pueden sostener la competencia con los cigarrillos de á cuarto que fumaban los días de fiesta los aguadores, cuando había más dinero.

La fábrica de Madrid se desacreditará, si es que no quiere hacer ya buenas brevas del Cid.

Los periódicos rusos se quejan de que no le hayan cortado el pescuezo al p. laco que disparó en París un tiro al autócrata.

¡Qué bárbaros!

Nosotros nos alegamos de que no le diera la bala al Czar, pero nos alegamos también de que el reo no haya sido condenado á muerte.

En esto de matar, no mataríamos nunca más que chinches.

Charadita del número anterior.

Tal es mi sino tirano, que para poder comer, si me admiren voy á ver como guardia veterano.

El Español dice que está conforme la política del Gobierno con lo que el *lastimoso estado de la nación reclama*

¿Tiene V. alguna tia, señor *Español*? Pues vaya V. á contárselo.

CHARADITA.

La primera está en Italia y en la música también; la segunda y la tercera en todas partes se vé, y de ella formas tú parte, como yo y este y aquel; la tercera es una cosa que puede que te haga bien, y el todo tengo en la imprenta y en la botica se vé, y en España le tuvimos y aun hay quien lo quiere ser.

Con gusto vemos que no se le hace oposicion al Gobierno actual.

Los ministeriales le elogian, y atacan á los de la oposicion, y éstos suelen atacar débilmente á los periódicos ministeriales, pero al ministerio no le dicen nada.

Celebramos que haya un ministerio tan bueno que no hay nada que decirle.

Croquis del número anterior.

El pensamiento, veloz atraviesa el mundo.

Un periódico neutro dice que deben tener grandes tragaderas los lectores de periódicos que no son del color que tiene el tal periódico.

Lo que es en cuanto á tragaderas, las más grandes que se conocen son las de los que se dejan *embaucar* por los periodistas que viven de la prensa únicamente y hablan mal de la prensa.

Logogrifo del número anterior.

Me mata el amor tirano, y no hay un hombre bendito que, aunque tengo buen palmito, me venga á pelear la mano.

Una soltera que se impacienta.

Las personas que quieran bañarse en el mar, en buena playa, y pasar unos días en un sitio pin oresco y fresco, con comodidad y economía, deben dirigirse á Motrico, donde tiene una buena hospedería el señor Aguirre.

El año que viene será este sitio de los más concurridos en verano; se está construyendo un grand hotel, que no costará menos de 20,000 duros. Motrico está á media hora de Deva, y con los trenes baratos del camino del Norte hasta Zumárraga, ó del camino de Mediodía hasta Alsasua, el viaje es sumamente económico.

En Motrico no hay necesidad de vestirse, aunque no es costumbre ir en cueros; queremos decir que no hay el lujo enfadoso que en San Sebastian y Biarritz.

Conque por su bien suplico á todos cuando me lean, que si están muy bien desean no vayan más que á Motrico.

Se ha anunciado que van á publicarse las obras escritas por el desdichado emperador de Méjico.

A falta del discurso, quiso fijar en ella una severa mirada, pero la joven la sostuvo con tanto candor, que se desvanecieron, como por encanto, todas sus sospechas.

¡Triste del que se ve sometido á los procedimientos de la justicia, que tal vez por necesidad van siempre acompañados de una lentitud indecible.

Ocho veces el sol habia recorrido su brillante carrera, y Leopoldo aun no habia podido saludar su nacimiento.

Durante estos ocho días, tan amargos para él, su único placer consistía en la cotidiana visita de la condesa. Solo tres veces la habia acompañado Cristina, las otras restantes, era Margarita quien iba á ofrecerle el bálsamo del consuelo, y ¡cosa extraña! precisamente en esos días volvía á su prision más alegre y resignado.

¿Consistiría tal vez en que Cristina estaba distraída á su lado, y que por el contrario, en su ausencia, su madre y su hermana adoptiva se esforzaban en disminuirle la tristeza de que estaba poseida por su interminable cautiverio?

En la noche del noveno día, le pusieron en libertad.

—Parece, le dijo el carcelero al comunicarle esta orden, parece que se hallan mezcladas en el asunto personas de mucha valía, y que por no comprometer su buen nombre, se quiere echarle tierra. Cuestión de amores, cuestión de celos...

Leopoldo estaba atónito. ¿Quién podía ser el personaje á quien habia cautivado Margarita, y cómo la oscura humilde joven habia podido excitar los celos de una rival poderosa?

Sin embargo, cuando hubo dejado atrás aquella larga serie de lúgubres corredoras, y empezó á refrescar su frente el aura perfumada de la noche, sintió que se dilataba su pecho y que se disipaban los sombríos pensamientos que ocupaban su imaginación.

En menos de diez minutos salvó la distancia que le separaba de la casa de la condesa, sin pensar más que en la suprema felicidad de verse libre.

(Se continuará.)

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

de

DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPITULO VII.

EL PRIMER DESENGAÑO.

(Continuacion.)

Leopoldo ya no le escuchaba, y se abalanzó hácia la puerta.

La primera persona á quien vió al llegar al salon, fué á Cristina.

Esta le salió al encuentro precipitadamente, y le dijo con voz ahogada:

—Que no sepa jamás mi madre lo que ha ocurrido esta noche. ¡Oh, no, que no lo sepa! ¡la echaria de casual!

Leopoldo sintió un agudo é inexplicable dolor en el corazón.

—¡Luego es ella!... balbució, ¡tú lo sabes!...

—¡Si todo lo sé, tódo!...

Cristina se aseguró de que su madre no la oía, y prosiguió en voz más baja:

—¡Tu imprudencia la ha perdido, y este negocio, que hubiera quedado envuelto en el misterio, va á ser puesto en claro por la justicia!... El herido ha declarado que habia recibido dinero de una mujer de alta clase para apoderarse del que escalse los muros de nuestro jardin, y va á hacerse pública esta noticia.

—¡Y cómo puedo yo impedirlo! exclamó Leopoldo angustiado.

—Di que habias salido, que pasabas casualmente por

la calle, que no sabes nada; niégalo todo, y en primer lugar, ¡que no lo sepa mi madre!

La condesa, causada de este largo aparte, se acercó á ellos, y la conversacion se hizo general.

Madre é hija procuraron consolarle, y le prometieron librarle pronto de su penoso encierro.

Cuando ambas se disponian á partir, Leopoldo se decidió á preguntar por Margarita. Veinte veces habia estado á punto de pronunciar este nombre, y veinte veces le habia detenido una secreta é inexplicable timidez, de la cual no acertaba á darse cuenta.

—¡Es tan buena! dijo la condesa, respondiendo á su pregunta, ¡se interesa tanto por todos, y en particular por tí, á quien llama su querido hermano, que al recibir la noticia de tu prision, se sobrecogió en tales términos, que no pudo salir de casa.

Cristina miró á Leopoldo de un modo significativo.

Este bajó los ojos desconcertado y confuso. Le hacia daño encontrar aquella mirada acusadora.

Cuando se despidieron, Cristina le repitió en voz baja:

—¡Silencio, por Dios con todos, y en particular con ella y con mi madre!

—¡Lo callaré á todos, pensó Leopoldo regresando pensativo al calabozo, pero á ella, no! ¡A ella la manifestaré la imprudencia de su conducta, la rogaré que si aun es tiempo retroceda en el camino de su deshonor y de su ruina!

Al día siguiente, recibió tambien la visita de la Condesa, pero esta vez la acompañaba Margarita. Una imprescindible ocupacion habia retenido á Cristina en casa. Así al ménos lo dijeron.

Leopoldo no sintió este cambio; tanto era su deseo de empezar la evangélica mision que se habia impuesto.

En las largas horas de su cautiverio, habia compuesto un fervoroso discurso, que debia volver á Margarita á la senda de sus deberes; pero al ver su modesto continente y la espresion de apacible calma estampada en su semblante, se embrollaron sus ideas y no supo qué decir.

